

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Salvador Plans, monje de Montserrat
16 de noviembre de 2008
Prov 31, 10-13. 19-20. 30-31 / 1 Tes 5, 1-6 / Mt 25, 14-30

Queridos hermanos:

Hoy es el domingo penúltimo del tiempo ordinario del año litúrgico. Lo acabaremos el domingo que viene con la fiesta de Cristo Rey. Los textos de la misa de hoy invitan a pensar sobre cuál es el valor que tienen nuestras vidas delante de nuestro Padre del cielo y ver cómo Dios mismo las va dirigiendo. La primera lectura del libro de los proverbios nos ayuda a entender la solicitud que tiene a Dios para con nosotros comparándola con la que tiene una mujer juiciosa que trabaja con las cosas de su casa con toda generosidad y con toda dedicación y diligencia posibles. Esta solicitud es la que ha tenido al Padre del cielo cuando ha enviado a su Hijo a salvar a los hombres. El año litúrgico es la vida de Cristo con nosotros. Toda la solicitud de Padre se canaliza en los sentimientos de Cristo Jesús.

En la 2ª lectura, en la carta a los cristianos de Tesalónica, Pablo nos dice que el día del Señor, al final de nuestra vida, vendrá como un ladrón, de improviso. Es una cosa vana hacer cálculos sobre cuándo será y cómo será. Pablo nos recuerda este día para que estemos preparados. Y estar preparados quiere decir vivir con los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Eso significa vivir en la luz que nos ha proyectado su mensaje.

En el evangelio Mt., nos hace llegar a través de una parábola esta solicitud. El Padre nos ha confiado unos talentos que tenemos que hacer rendir. El Padre, de momento parece que se haya eclipsado ... pero volverá. Es el tiempo de nuestro trabajo.

Jesús ve su mensaje, su propia persona, como la obra definitiva del Padre, de su Padre. Esta obra, Mateo la comunica como un don que Jesús nos ha hecho llegar y que tenemos que hacer rendir. Estos dones son nuestra oportunidad para entrar - lo hemos visto estos días pasados-, en un banquete y hoy lo vemos como un fruto, que denomina el gozo de tu Señor. De hecho Jesús lo explica de una manera muy positiva; de tres, dos trabajan bien y lo hacen según su capacidad y Jesús les felicita. Jesús nos quiere hacer caer en la cuenta desde el principio que nuestra felicidad definitiva depende de nuestra administración actual. De cómo interpretemos su misión, su mensaje y su persona. De aquí que el protagonista de las parábolas de Jesús siempre es el Padre del Cielo. A nosotros, por consiguiente nos corresponde ocupar el lugar que ocupa Jesús. Es decir, vivir con sus mismos sentimientos. Jesús nos explica así cómo podemos experimentar nuestra filiación divina. El gozo del Señor. Sobre la base de los sentimientos de Jesús, el Padre hará el juicio definitivo.

Ojalá podamos oír estas palabras: *"pasa al banquete de tu Señor"*.